

## Casilla 167

José Arturo Tapia Tamayo\*

Eran las 8: 43 de la mañana y las primeras personas llegaron a votar. En ese año se eligió al presidente municipal, presidente de la república, al gobernador, a los diputados locales, federales y a los senadores. La elección más grande de la historia. A mí me tocó trabajar en la casilla 167, justo frente a la avenida república y a la casona de los Téllez, en el centro del pueblo. Durante este tipo de eventos las horas solían aletargar su paso por el miedo a traer el día siguiente, pues les causaba pavor como su movimiento inexorable, hacía maniatar la vida de los humanos nacidos al ras de esta tierra cuarteada.

Cientos de personas acudieron al hecho. Su credencial de elector vibrando como lo hacía aquel anillo de poder cuando lo portaba su dueño, sin embargo, ésta vibraba artificialmente, sin dejar una sola evidencia de poder, los mismos políticos lo habían exprimido todo. Las filas largas que no eran necesariamente para recibir el pan sino para conseguirlo, con la ausencia en forma de esperanza formada frente a ellos. Familias enteras, tal y como si fuera un domingo de plaza familiar, ritual que actuaba adormeciendo las conciencias; siendo más efectivo que un hueco e interesado discurso político o religioso. Aunque algunos iban solos o solas. Personas de todas las edades. Los niños acompañando a sus mamás a andar sobre los ríos de la democracia mientras aún tenían prohibido sacar su remo y participar, en contraste con la gente de la tercera edad que llevaban a alguien que les ayude, el cual presuntamente no tenía injerencia al momento de marcar el recuadro preferido. Y la boleta ahí, la que ya no da miedo por las calificaciones escolares sino por la incompetencia sin fondo que suelen vestir los postulados al puesto.

Llegaban en autos privados, un taxi, taxis manejados por el mismo conductor, el tal Cajigas, taxista que hasta las 3 de la tarde ya llevada acarreado a mínimo sesenta personas; quienes después de tomarle foto a la boleta marcada,

**\* Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades, del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

la enviaban al celular correspondiente y recibían la cuota pactada. Tal vez el acarreo lo sentían como un rescate ante una inminente inundación desastrosa, no obstante, jamás se les ocurría pensar que los llevaban a un sitio donde todos ya estaban con las manos del agua apretándoles el cuello. Así se elegía sobre las tierras que se cuarteaban y los que decidían no elegir de igual manera estaban eligiendo, porque como dicen por ahí, al momento de no elegir también estás eligiendo, el acorralamiento se nos mostraba con tales púas de alambre. Entonces caminaba la tierra cuarteándose, pero a la vista de todos, hasta para mí: se cuarteaba bajo una normalidad basta.

Las 6 de la tarde se acercaron, cerramos la casilla, empezó el conteo, el último que emprendía un vagabundo con las últimas monedas de su vida.

—¡Pérenme! ¡Aguanten! ¡Falto yo!

Llegó mi prima Yareli apresurada a las 5: 56, la cual no pudo acudir temprano por sus tareas acarreadoras.

—¡Apúrale, prima! ¿Dónde andabas?

—¡Ay, primo! ¡Ya sebes! Los hijos no la dejan a uno.

—Pues ya que dices eso, si un día debes pensar en ellos es hoy...

—Primero píntame el dedo...

Mi prima fue a la casilla de en medio frente a nuestra mesa, en dirección a elegir al presidente municipal, entró a la casilla y se alejó repentinamente de ella.

—¡El sistema! ¡Dicen que se cayó el sistema! —Alguien gritó entre la multitud expectante al conteo.

**De la casilla mencionada salió flotando una espeluznante criatura negra informe, la cual despuntaba un brillo sobre su contorno.**

De la casilla mencionada salió flotando una espeluznante criatura negra informe, la cual despuntaba un brillo sobre su contorno. Mi prima se tiró al suelo con la cara más quieta que el pavimento, todos los gritos se le ahogaron del puro susto. Un taxi sin placas arribó derrapando al lugar, de él bajaron un par de sujetos encapachados y armados. Fueron contra nosotros, todos los representantes de casilla. Todos gritaron, se alejaron. Nos quitaron las boletas y las cocieron al ritmo que la gasolina le daba al fuego, las casillas sufrieron la misma suerte. La horrible criatura flotaba arriba frente a nosotros en medio de las llamas, moviéndose tal gelatina sin hallar forma, desplegando un olor a balatas quemadas: el olor de la democracia corporativa pudriéndose. Toda la gente ya había huido. Mi prima se desmayó. Los atacantes se fueron a toda prisa. Todos huyeron, menos mi compañero de casilla Amelio Robles y yo, la vimos, a la criatura, no sé si sólo nosotros pudimos verla, pero ahí estaba sobre la avenida república.